

Con plena satisfacción, pues, debe ser recibido este libro en el que queda señalado un programa y que, en lo sucesivo, debe ser tenido en cuenta como base de partida. Empeñarse en un esfuerzo como el que han mantenido los autores, conscientes de la caducidad de su fruto, ya que hoy las etapas de análisis cada vez se cubren más aprisa, es muy digno de alabar, sino existiera, además, un propio logro en la ordenación y sistematización, trabajo bien duro y que pocas veces se tiene en cuenta.

D. R.

PERÍODO NACIONAL

PARRA-PÉREZ, C.: *La Monarquía en la Gran Colombia*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1957, 692 págs., en 4.º

Pocos como Parra-Pérez, el gran historiador venezolano, para llevar a cabo una empresa investigadora tan ardua. Claro es que sus títulos son muchos y que el camino era para él suficientemente conocido. Múltiples aspectos de la época de la independencia han sido iluminados con sus libros, tan definitivos como los dedicados a Miranda —tema en el que es la máxima autoridad—, la *Historia de la primera república de Venezuela*, el estupendo trabajo sobre *Bayona y la política de Napoleón en América*, el *Bolívar* y los volúmenes dedicados a *Marifío*.

El tema, ciertamente, tiene amplias referencias. La colección de O'Leary, el Archivo de Santander (especialmente el tomo XVIII), la documentación que insertó Francisco José Urrutia en su obra *Los Estados Unidos de América y las repúblicas hispanoamericanas de 1810 a 1830*, así como el libro de Angel César Rivas y la colección de William R. Manning eran asideros fundamentales. Junto a éstos es inevitable citar a William Spence Robertson, que además de las bases que estableció Carlos A. Villanueva, utilizó la documentación de Bresson para su libro *France and Latin-America Independence*, a cuyo lado hay que colocar la valiosa colección de Sir Charles K. Webster: *Britain and the Independence of Latin America*. El mismo Madariaga, dada la sugestión del tema, realizó también algunas investigaciones en los archivos ingleses y franceses, que utilizó en su libro sobre *Bolívar*, con la tendencia ya sabida en pro de la tesis cesarista.

Pero a toda la documentación conocida, Parra-Pérez ha sumado importantes caudales, tanto de los archivos británicos y parisinos, como de los fondos holandeses y, sobre todo, de los mexicanos, a base de los informes del coronel J. Anastasio Torrens, que representó a su país en Bogotá entre 1825 y 1829. Gracias a todo ello, el enfoque de Parra-Pérez a un proceso que ofrece tantas complejidades es más que renovador.

La primera parte de la obra, que sirve como prólogo, se dedica al estudio del juego de Urdaneta que desde 1824 se manifestó afecto al sistema monárquico, en la línea de relación con el representante británico Sutherland, atento a las actitudes del Libertador, que en su diplomacia manifestaba una actitud poco propicia al equívoco.

La segunda parte se cifie a la etapa que se abre en 1829 después de Ocaña, cuando —según la correspondencia de Bresson— fatigados por las divisiones internas, Urdaneta, de acuerdo con los principales fautores políticos y del gobierno, acuerdan llevar adelante el plan de una monarquía constitucional y remitir su ejecución al Congreso Constituyente con la idea de entregar a Bolívar el Poder Supremo vitalicio para buscarle un sucesor en una dinastía francesa, a través de Bresson. Parra-Pérez se complace en subrayar que Bolívar nada tiene que ver con ello y que son sus amigos los que a través de misivas y comisionados, tratan de vencer su segura resistencia, persuadidos de que sin asentar la monarquía sobre el Libertador sería imposible entronizar al pretendido Orleans sin causar violencia en el país. Según la correspondencia de Campbell, más que a una variante doctrinaria, la idea de la instauración monárquica era una providencia contra la anarquía que podría sobrevenir a la muerte del Libertador, que de esta forma se intentaba conjurar. De acuerdo con este informador, la garantía la buscaban en un príncipe inglés, mientras Santander, temeroso de la afirmación vitalicia de Bolívar, llevaba a cabo su campaña de descrédito. Culminación de esta fase es la comunicación del Secretario General del Libertador al Ministro de Relaciones Exteriores Colombiano, del 6 de julio de 1829, por la que transmite el deseo de Bolívar de buscar la protección de una o varias grandes potencias a fin de hacer frente al peligro de la extensión de la anarquía que se había enseñoi-

reado del resto de América. De acuerdo con ello, el gabinete se inclinó por un gobierno estable, que ofreciera garantías a Europa, bajo la forma monárquica constitucional. En tal sentido se entablaron contactos con Francia e Inglaterra para que prestaran su asenso al plan que señalaba a Bolívar como titular vitalicio, sucedido por un monarca.

La tercera parte tiene su arranque en la "improbación" de Bolívar y juzga el autor que este paso (22 de noviembre) está en relación con la actitud británica, al conocer que Lord Aberdeen instruyó a Campbell que su gobierno no tenía intención de mezclarse en la aventura. Así, abandonado por Londres y atacado con saña por sus enemigos, Bolívar decidió, según el oficio de Espinar, que fuera la nación quien "emitiese libremente su sentir acerca del régimen político que debía estatuirse", juzgando demasiado avanzados los pasos dados por el gobierno.

Como epílogo de este estudio, analiza el autor las repercusiones de estos proyectos: por un lado la separación de Venezuela, por haber dado a los nacionalistas caraqueños más que pretexto una razón válida para apartar al país de la Unión Colombiana; por otro, la independencia del Ecuador, no por republicanismo u oposición a los supuestos criterios bolivarianos, sino por todo lo contrario. Páez se separa contra el proyecto monárquico; Flores lo hace porque el proyecto ha fallado.

Bolívar, mientras tanto, podía escribir: "Si algunas personas interpretan mi modo de pensar y en él apoyan sus errores, me es bien sensible, pero inevitable; con mi nombre se quiere hacer en Colombia el bien y el mal, y muchos lo invocan como el texto de sus disparates".

D. R.